

arte semblanza

Son ya, aunque físicamente el tiempo no lo delate, 40 años de compromiso de este artista hacia lo autobiográfico sin dejar de adaptarse al intenso y cambiante flujo de los recursos que ofrecen las nuevas tecnologías digitales: ya sea ensayando en su página web con exposiciones virtuales, fondos de pantalla con proyectos fotográficos complejos, como realizando series sobre las mieles o hieles del amor, la necesidad de encontrar un lugar y poder gozar de la libertad sexual sin condicionantes represivos, el sentimiento de aislamiento, soledad o frustración tanto a nivel social como político, o sus monumentales obras de tinte religioso o mitológico.

Acumula en todo ello Roberto González un rico bagaje de experiencias diversas y coherentes centradas en la definitiva aprobación y triunfo del cuerpo masculino. Su carrera entabló diálogo voyerista con su propio torso o el de sus amigos, físico, erótico o sensitivo y con su alma rebelde que el paso de los años ha vuelto atrevida y con espíritu mucho más crítico y mordaz.

Si algo define la obra de este monfortino, que se formó y triunfó en varios países, es su elevado esteticismo que le hace verter en objetos cotidianos aparatosos cultismos y sofisticadas metáforas, además de una esmerada técnica que le han hecho llegar a la meta tras una severa constancia. Su agudo sentido plástico le lleva a indagar en el proceso escultórico paralelo a su faceta pictórica o gráfica a la que valora por igual o más ante la posibilidad de llegar a un mayor número de público.

La manera de organizar espacios, distribuir luces y sombras y dotar de sentido simbólico a cada elemento o color lo hacen heredero de los grandes planteamientos del Barroco literario y plástico. Una obra aparentemente silenciosa, pero en la que se contienen abundantes alegorías en torno al tiempo, la muerte, la duplicidad, el bien o el mal entre otras tantas emociones, muchas de las cuales quedan ocultas en secretos simbólicos sólo traducibles para unos cuantos iniciados. Los no versados se contentan en el deleite de insinuación de sus propuestas o el poder de evasión a otros mundos de extraños espacios, de atmósferas inquietantes que conducen la mirada por espacios multiplicados o espejos irreales que se debaten entre el ensueño o la realidad.

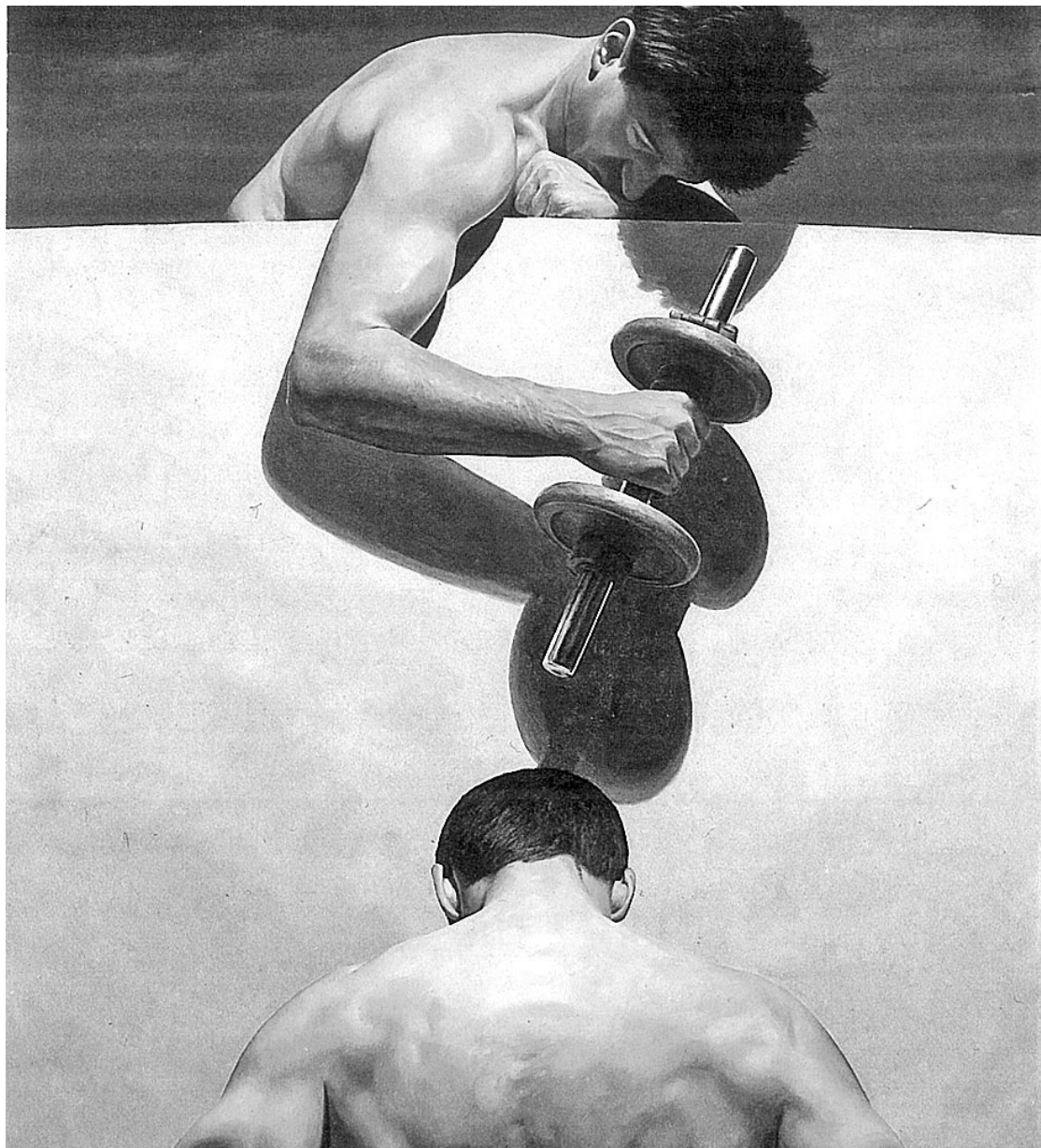
Poses masculinas de una fuerte carga erótica homosexual; escorzos sobre la iconografía del San Sebastián en torno a los límites difusos del placer-dolor; retratos duplicados que desdoblán per-

ROBERTO GONZÁLEZ

FASCINACIÓN POR EL CULTO AL CUERPO

El último trabajo que Roberto González (Monforte, 1948) presenta en la compostelana galería Espacio 48 coincide temporalmente con una gran retrospectiva en el Centro Torrente Ballester de Ferrol, donde más de 200 obras informan del entendimiento de la obra de arte como vehículo para analizar los aspectos emocionales y anímicos del hombre en los umbrales del siglo XXI

Texto: **Fátima Otero**



Una de las obras de este artista lucense que se formó en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando

sonajes de cuerpos esculturales que se observan o son observados en clandestinas relaciones, son algunas de las propuestas más sugerentes de su obra.

Roberto González es un admirador de la estela del realismo fotográfico compaginado con unos encuadres en los que, ade-

más de denotar verdadera maestría, demuestra profundo respecto por los antiguos cuadros de género, actualizando los interiores barrocos holandeses con luz incluida. Obra en muchos casos seriada, en su mayor parte de largas secuencias de un mismo motivo similares al discurso ci-

nematográfico. Ahí están sus famosas series de Babel, en las que el famoso cuadro de Bruegel sobre la confusión e incertidumbre que asolan a todo lo humano parece cobrar vida y habitar en la geografía española. Así, los paisajes de nuestras comunidades autónomas y Escocia le permi-

ten manifestarse y tomar conciencia de la polémica suscitada por el idioma en comunidades bilingües.

En lo arquitectónico se desvela como extraordinario dibujante en series sobre las que el color se pone al servicio de la línea. Su pasión arquitectónica lo inclina a crear edificaciones de corte neoclásico donde columnatas, peristilos y obeliscos reclaman orden y son metáfora del hombre y de lo eterno solemnizado en la serie *Tumbas* sobre las alegóricas mansiones de muertos.

Intencionadamente desdibuja autorretratos cuando homenajea a grandes maestros del pasado: Bacon, Munch, Giacometti, Morandi, Archimboldo o Magritte, formula recreaciones de Historias Sagradas, y además crea lo que a la vista semeja una fidedigna isla viajera e imaginaria, *Arriaza*, un lugar simbólico que se mueve o multiplica en el mar, una especie de cuerpo extraño de roca que va por el mundo como la especie humana.

En sus series hay tiempo para la pasión carnal (*Cómeme o Lámeme*) y abundan momentos para leer un particular y cerrado alfabeto (ya completó el tercero). En *Orestes* habla de la fascinación contemporánea por el culto al cuerpo. Apoteósico se muestra el autor cuando describe la caída del Imperio Romano. Su lado existencialista se deja filtrar en la preocupación y dolor ante la pérdida de seres queridos invadidos por el amenazante Sida.

Tiempo para el recuerdo, 'In Memórium', y, en definitiva, tiempo para el balance de cuatro largas décadas consagrado a valores trascendentales de una dilatada trayectoria vital que se completa y compagina en su obra reciente que exhibe en Espacio 48. En esta galería, al lado de David Trullo, forma un dúo artístico que muestra el lado perverso y subversivo al describir lo que denomina *Diez Mandamientos*, con fotografías atrevidas de escenas gais, que para muchos rozarán lo escandaloso. En todo caso, quedarán en la retina como imágenes para recordar de un trabajo que no tiene nada de poluto y sí mucho de limpieza y pulcritud.